

R E F U G I O S



a l f o n s o d o n c e l

R E F U G I O S

a l f o n s o d o n c e l

F O T O G R A F Í A S

p e d r o c a s e r o

P R Ó L O G O

a n t o n í o s á e z d e l g a d o

badajoz, 2008



LA RESPUESTA QUE EVITO

A Alfonso Doncel le gusta contar historias. Lo hace siempre. En sus cuadros, en sus esculturas, en sus textos.

A Alfonso Doncel le preocupa contar historias. Siempre. Busca más allá de la piel (la piel del lienzo: una metáfora), más allá de los nombres. Una historia que contar. La historia de cada hombre. La que todos compartimos y la que nos hace únicos.

Leo Refugios como si leyese una biografía. La historia de un hombre. A menudo me gusta leer un libro, cualquier libro, como si fuese una biografía. Una radiografía vívida (otra metáfora).

Refugios habla de lugares habitables. De escondites en medio de la gente (y dentro de la gente). De espacios abiertos y cerrados, como el corazón. Como los libros. (La vida es el mejor lugar habitable.)

También habla de sentimientos. Sobre todo habla de sentimientos. De la posibilidad de la huida y de la resistencia del exilio. Del cobijo y la cárcel que supone, en paralelo, vivir cada día.

Cuando leo los fragmentos de Refugios, cuando llego al sorprendente descanso de su última página, veo la biografía de un hombre. (Tengo la tentación de pensar que ese hombre puede ser Alfonso Doncel). Un hombre al que le gusta la ambigüedad de ciertas metáforas. Al que le gusta la proximidad de la frontera.

Un hombre que evita la respuesta a las preguntas innecesarias.

Un hombre al que le gusta contar historias.

Antonio Sáez Delgado



MÁSCARAS Y OTROS ESCONDITES

Ojeaba la interpretación fotográfica de Schommer en su visita al carnaval de Venecia a mediados de los noventa, en la que –como muchos otros, antes y después– reflexionaba sobre el tópico de la máscara: ¿cual es la verdadera personalidad, la del disfraz o la del disfrazado?

A muchos nos sorprendería lo que encontraríamos si nos pelaran, como una pieza de fruta, y nos dejaran desnudos, sin piel ni carcasa protectora. Transparentes ante todos, sin la protección que nos construimos.

Excluidos los escondites, los refugios. Si nos vedaran la posibilidad de ocultarnos ni un solo instante, y estuviéramos obligados a mostrarnos permanentemente en estado de esencia pura, nos agotaríamos.

A menudo nos mostramos tras una imagen que creamos, unas veces pacientemente, otras con gestos espontáneos, y la rodeamos de refuerzos, en ocasiones en forma de composturas, otras de personas, otras de lugares. Cuando alguien nos visita sin permiso y atraviesa esa fina piel, percibimos la fragilidad de nuestra protección, y entonces retomamos la tarea de retocar el escondite.

Puede que visitar refugios ajenos sea útil para construir los nuestros, porque en suma todos se parecen. Se trata –al fin y al cabo– de generar un espacio vital en el que quepa dignamente una existencia, que es algo más que el ser que transportamos.

Seguramente mienta quien diga que enseña todos sus escondites; posiblemente sean sólo la antesala, ese habitáculo primorosamente decorado que sirve, fundamentalmente, para recibir visitas.



DESCARTES

Cuando me quedo a solas, al final del día, me gusta pensar que gobiernan mis ideas y sentimientos, y juego a ordenarlos, como quien forma un pelotón. Nada más lejos de la realidad: se revuelven y entran en resonancia, se agitan y alborotan. Al final se organizan y ya en tromba, parecen afanarse por recordarme cuán lejos estoy de ejercer ese control, la pobre autoridad que mantengo sobre ellos. Suelo concluir que mejor lo intento otro día, con más fortuna.



ANDRÉE

Tan cerca; quizás con un gesto conseguiría detener el tiempo, al llamar tu atención con sólo tocarte: podría cambiar el futuro. A tu espalda, a pocos centímetros, casi sintiendo tu pulso, pero sin fuerzas –ni razones– para siquiera rozarte. Sé que te irás, sin más, y otro abismo de tiempo nos separará, sin saber de tu vida, sin saber más de tí. Sin expectativas, como te gustaba gobernar estas situaciones. En ese momento, ausencia, eso es lo que siento. No ya de tí, sino de todo, de sensación alguna. Sólo un nudo en el estómago.

Me quedo mirando cómo te alejas, como si este episodio no hubiera ocurrido, como si sólo hubiera transcurrido en mi imaginación. Ya lo tengo: así lo conservaré.



SÓLO PALABRAS

Pensaba que con las palabras –síquiera las imaginadas, las que nos decimos a nosotros mismos, las que no salen nunca de nuestra boca– se puede aportar orden al entendimiento, con sólo desearlo. Las uso, intentando organizar los pensamientos y la forma de expresarlos, pero muy a mi pesar me separan aún más de lo que pretendo. Otra conversación y aún más confusión. Entonces acudimos al silencio, mientras observo si hay alguna señal, algún gesto, algo que seguramente escape a mi percepción, que me indique que a pesar de todo, me entiendes. Pero ese gesto es la ausencia, la fuga; entonces me encuentro solo y abatido, y es en ese espacio – que ya conozco como mi guarida– donde descansa la respuesta que evito. Donde guardo todos los trastos. Y a fuerza de llenarlo, cada vez caben menos. En ocasiones hablar confunde.



MI BOSQUE DE JOLA

La entrada del bosque se advina desde lejos, conforme te acercas por el prado cercano. No sé si me atrae más la perspectiva de poder entrar o el agradable abrigo de la arboleda. Cruzo esa frontera con el pleno convencimiento de disfrutar de la diferencia, de la discontinuidad. Un leve contraste, siquiera algo más de frescor, una luz tamizada y sobre todo el silencio, que no es tal sino sólo un rumor, otro escenario, pero como lo espero lo siento más patente. Entro y busco, pero qué, si ya lo conozco.

Sé de rincones umbríos, otros abiertos a un claro; algunos los reservo para futuras exploraciones. Al final, la misma sensación al iniciar la salida, el éxodo a lo real. Aguardo unos segundos, dudando si merece la pena volver bruscamente o permanecer un poco más en esa guarida. Asumo que en realidad todo está fuera, que mi bosque es sólo un pequeño islote, pero me lo quedo como escondite. Otro más.



ENTRE LA GENTE

Vuelvo a la idea que se planteaba Schommer en su visita al carnaval de Venecia y se me ocurre que, en ocasiones, buscamos el abrigo de la multitud, escondernos entre la gente. En busca del anonimato en los momentos difíciles, para diferenciarnos –cuidadosamente- sólo en los que nos interesan.

Hoy paseo mezclado entre el ajetreo de la urbe. Deambulando de forma ficticia, como uno más, pienso: si conocieran mi endeblez, mi fragilidad. Pero miro a otros ojos y descubro que, como yo, no todos parecen saber dónde van ¿o es sólo una sensación?

Vuelvo a sumergirme en el bullicio, a empaparme de ese caldo humano, para sentirme uno más. Pero la calle se acaba o reduce su intensidad, y eso me recuerda que al final te encuentras contigo, el mismo que inició el paseo. Y que ha sido fugaz, sentirte fuerte entre todos, como uno más.



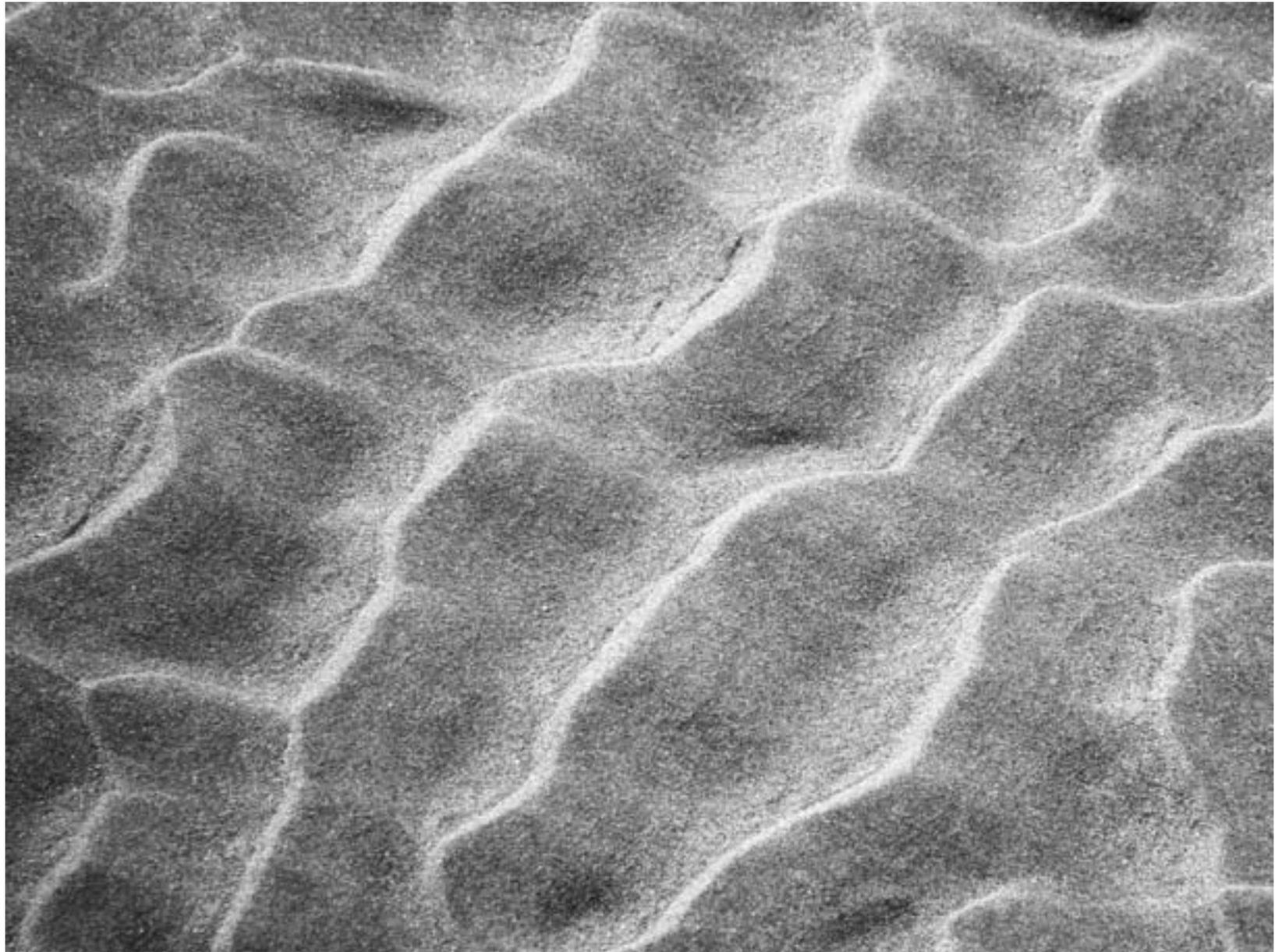
PERO JUNTOS

Lleno de moratones, dolorido, pero feliz.

Por saber que nos pasó juntos. Qué torpeza la nuestra, pero juntos.

Es la sensación de que pudo ser peor. Pero no, todo quedó en unos rasguños, que dejarían sólo una marca -pequeñas cicatrices- que incluso pudimos mostrar para presumir.

Ahora, malherido de veras, te recuerdo y me pregunto dónde estarás, y qué hubiera sentido al tenerte a mi lado. Posiblemente estaríamos en silencio, compartiendo lo peor, puede que el final, pero sabiendo que, al menos, lo hacíamos juntos.

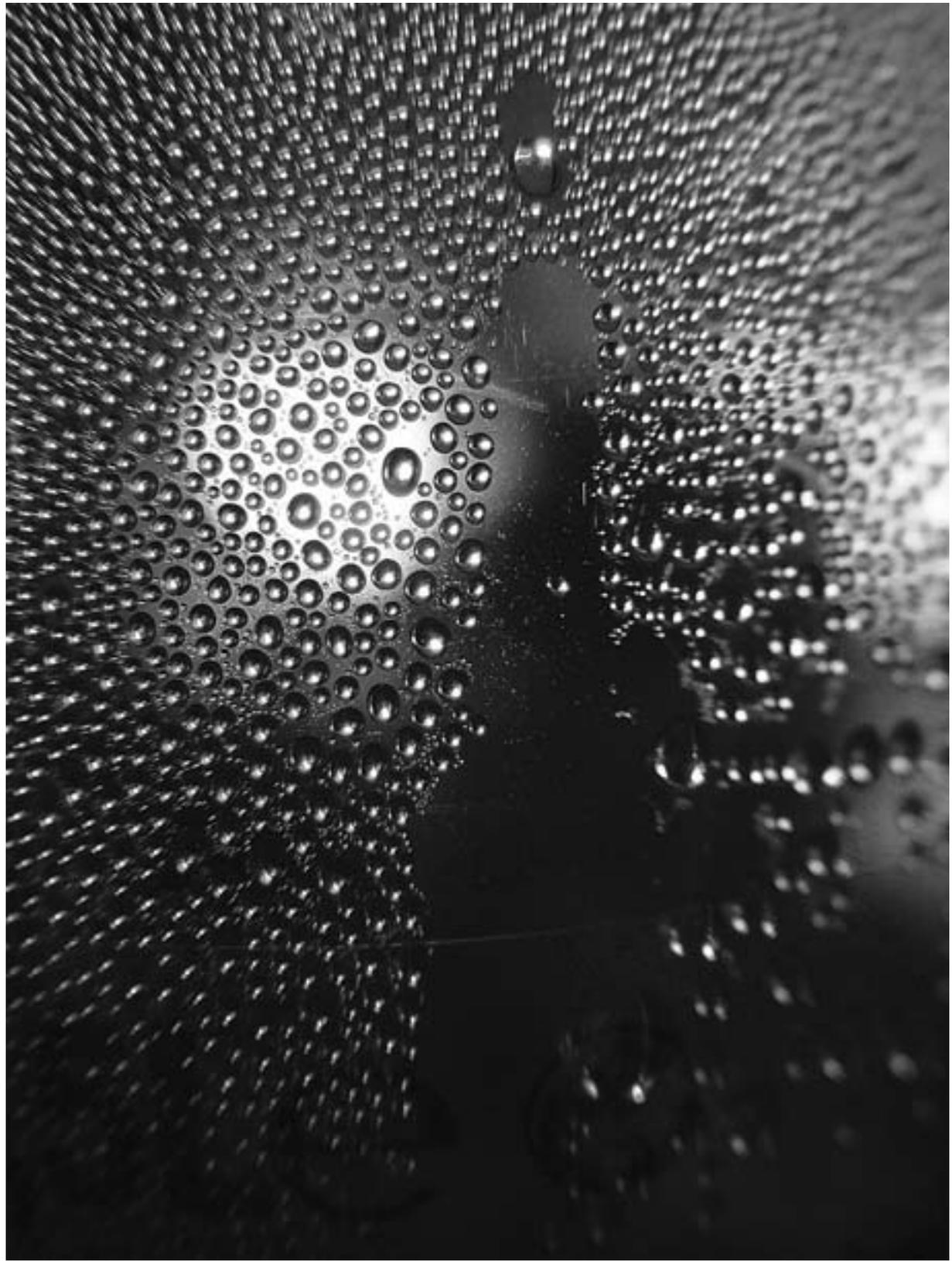


EN EL BARCO DE VILANOVA

Las tardes en el barco naufragado pasan más rápidas, posiblemente porque comparo el tiempo real con el que le atribuyo a esa ruina, que percibo como un moribundo. La luz, al caer, me sirve de implacable referencia.

Saboreo la sensación de no ser yo el anclado, el varado hasta la cintura en la arena y poder abandonar, cuando me plazca, ese lugar que se me antoja cobijo, cárcel y tumba, a la vez. Juego a retirarme sin volverme a mirar, para no sentirlo mío, que no lo es. Para sentir que puedo manejar el desapego, al menos por unos minutos, aunque sé que desearé volver.

Pero también sé que a mí vuelta encontraré nuevas heridas; es en ese momento cuando he de dominar la necesidad de girarme para fijar en una última mirada lo que dejo detrás. Siempre me vuelvo.



LEER [VIVIR] A DISTANCIA

Con el tiempo he aprendido a leer en tus labios casi todo lo que dices. Sólo he de ubicarme adecuadamente en otra mesa de la cafetería, más bien enfrentado a tí, aunque fuera de tu campo visual –para que no te des cuenta– y, cuando me miras, evitando tus ojos. No entiendo tu insistencia en enseñarle, en querer mostrarle siempre el camino, si ya sabes que no lo va a seguir. Y así uno y otro día; me empieza a parecer absurdo, una rutina sin sentido.

Supongo que antes o después te darás cuenta de mi intromisión, aunque a veces pienso que sabes que te espío, porque parece que te esfuerzas en vocalizar y gesticular, para facilitar mi lectura. Lo pienso porque ya me siento tan cercano a tus conversaciones que a veces ya sé lo que vas a decirle antes de que empieces, e imagino una respuesta alternativa.

Y que fuera yo al que guíaras, al que miraras a los ojos. Y el intruso fuera él, y que yo no sospechara nada, aunque ya es imposible. Cuando me hablaras, pensaría que otro como yo estaría escudriñando tu discurso, queriendo ocupar mi lugar para capturar tu atención.

Que es, en el fondo, lo que me gustaría.



SUSPENDIDO

Creo que he aprendido a discurrir por esa tenue frontera entre la vigilia y el letargo, entre la realidad e irrealidad, en el último sueño. Evito abrir los ojos para no percibir la primera luz, sabiendo que si lo hago me saldré definitivamente; en ese espacio íntimo –donde todo es posible– nado con comodidad, sin temor al fracaso. Supongo que lo que realmente me ocurre es que suspendo la posibilidad de que nada o nadie interfiera, aunque en realidad todo es posible, porque en nuestros sueños puede ocurrir cualquier cosa.

Pero como floto en aguas que yo mismo depuro, salgo a placer y vuelvo, sin sobresaltos. Mi único temor es perder pie en ese estado de equilibrio, en el que si me duermo todo se difumina y si despierto simplemente desaparece, para convertirse en algo tan incómodo como el mundo real. Porque entonces aparece el Tiempo, que no es más que la evidencia de que todo ha de transcurrir, de que realmente existes; por eso he decidido, cada mañana, aprender a nacer.

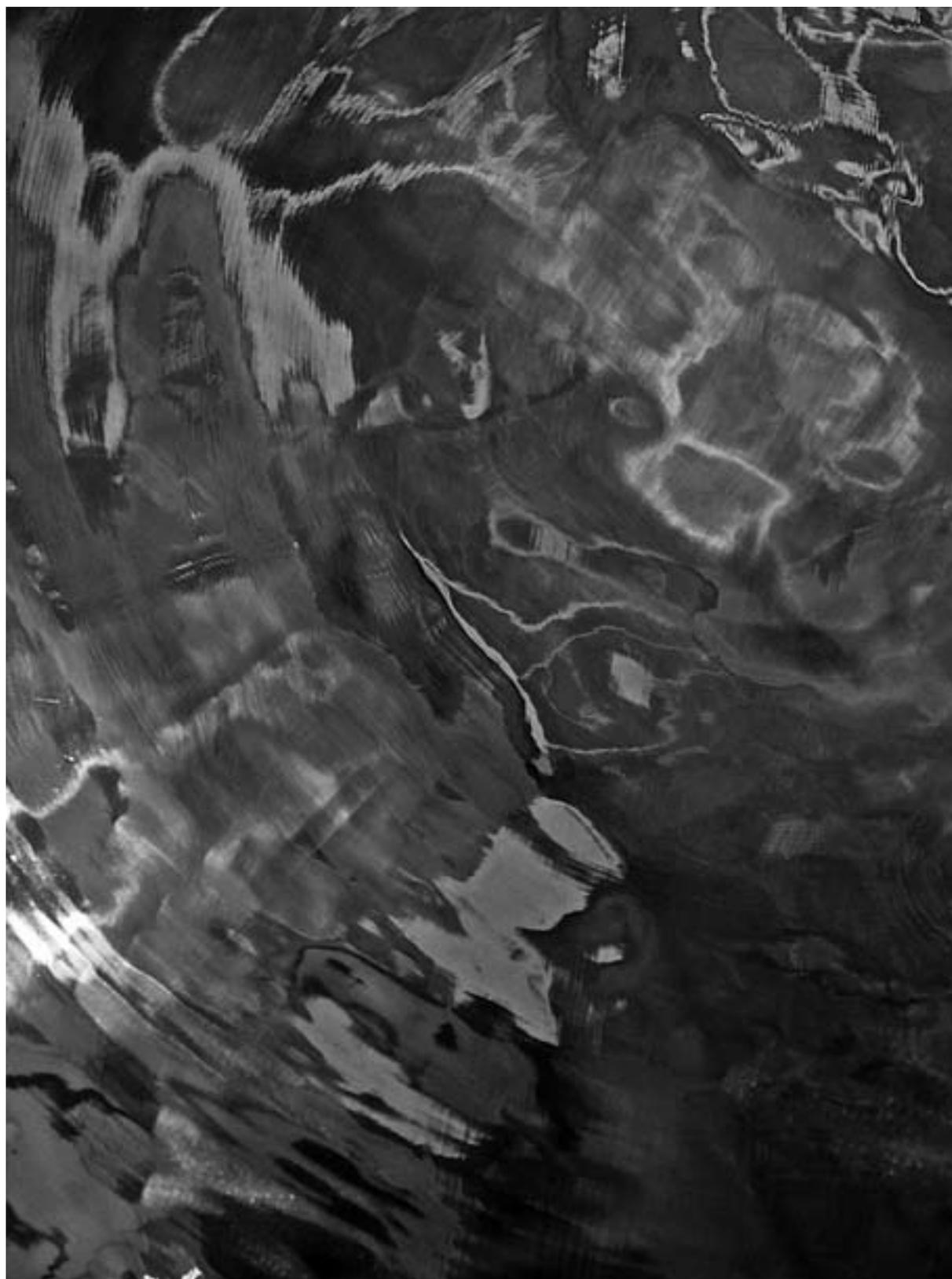
es como nacer
cada mañana
de una crisálida



MANOS, PIEL

Cuando empecé a crecer confiaba en la importancia del trabajo intelectual, en el valor y el prestigio del que consigue vivir de lo que piensa o crea sólo con su intelecto, descartando el trabajo manual, que creía destinado a otros más ineptos. Pero un buen día –supongo que aún muy joven– comencé a experimentar el placer de usar las manos, del tacto, de la comprensión de las formas y texturas y con ello, de la generación de otras nuevas o –al menos para mí– extrañas. Descubrí el placer de las imágenes, colores y olores, su interacción con nuestro cuerpo y sus efectos; el disfrute del contacto y la exploración de las superficies, de la visita al mundo –ahora sé que rugoso– que está en contacto íntimo con nuestra piel, con nuestros sentidos más primarios.

Con el paso del tiempo, voy comprendiendo la importancia de la conexión entre la necesidad del hombre por el conocimiento y la utilización de su exterior –la manufactura, el ser útil– con su intelecto, con su desarrollo personal y de su ingenio –al más alto nivel– y es en ese camino, mediante la experimentación personal, en el que disfruto de las más agradables sorpresas. Casi siempre ligadas a lo que percibo como la necesidad de los hombres de comunicarse usando todos los medios, de intimar con su entorno de la forma más intensa que le es factible: para dar y recibir, si es posible, todo.



NAVEGANDO

En ocasiones tengo la necesidad de sentir lo pequeño, estúpido e inútil que soy; entonces navego. Y ahí, entre las olas y lejos de la costa, en medio de una mar siempre más inmensa de lo que somos capaces de percibir, sientes la ineptitud, la fragilidad y la exposición a los elementos, y que un solo golpe de mar puede acabar contigo. Antes percibía la mar como una superficie similar a la tierra firme, con sus ondulaciones –más o menos intensas, pero siempre salvables– hasta que supe que la mar no se puede navegar como un solo estado, sino por partes: esa ola, aquella rompiente, esa montaña de agua que antes no lo era. Sólo así es posible, desgranando cada trocito, dando valor a cada evento, recibiendo y entendiendo los avisos, respondiendo con cautela a cada envite.

Entonces, el verdadero placer es la vuelta. Regreso en mí cascarón sabiendo lo que realmente soy; el ser altivo que inició la travesía vuelve a casa en ese estado que siempre debería permanecer: seguro de su endebles, expuesto a todo y a todos.

Y así, más pequeñito, siento que he crecido.



RUTINA

El minuto uno, el primer momento, es de duda, de temor, de sensación de no saber cómo. Allí estoy, delante de un lienzo ímpoluto, de una mesa llena de cachivaches perfectamente ordenados, con una herramienta en la mano o frente a un papel, como un idiota.

He descubierto que una forma de superarlo es hacer algo que ya conozco: comenzar repitiendo, en ese preciso momento, alguna secuencia o gesto que ya haya asimilado. Empezar con modos conocidos, permitiendo que los acontecimientos se deslicen por la suave pendiente de lo ya vivido, para adentrarme poco a poco en otro mundo desconocido, pero por una puerta conocida. Vuelvo a mi bosque, para disfrutar de la diferencia, de la frontera –deambulando por territorios sabidos– y entonces comienzo a visitar esos lugares que guardo como inexplorados; disfruto del hombre fabril, y de navegar por partes.

Cuando acabo –ese difícil estado en el que nunca se está seguro– me planteo que en alguna ocasión he de comenzar sin tender previamente la red, con más valentía; así lo haré en otra ocasión. Y así transcurre el tiempo, aplazando todo para otra vez, a ver si con más suerte y ánimos me suelto.



BARRO

Retornar a la arcilla –tierra, agua, después fuego– es volver a mi adolescencia, con las manos permanentemente enrojecidas por la arcilla de Barcarrota, por mucho que cepillara mis uñas. Es curioso: cuando modelas con frecuencia, la piel se torna suave como el cristal y tus huellas se difuminan, como si a tu unicidad le ocurriera lo mismo. Somos únicos e irrepetibles, como todos.

El barro tiene la particularidad de recordar lo que se le hace. De conservar –congelándolo– el más mínimo gesto y transmitirlo a lo largo del tiempo y a su vez –si es triturado– quedar dispuesto para albergar nuevas formas.

La arcilla puede ser lo que tú quieras; está tan próxima a nosotros que a veces la ignoramos, aunque sepamos que –antes o después– volveremos a ella, a la tierra, al refugio definitivo. Me gusta imaginar mi molde, el de mi apariencia externa, de mi forma.



ACANTILADOS DE ALGODÓN

Entre el rugir de las olas se abre un claro que muestra, desde aquí arriba, una superficie de apariencia lechosa y amable, mezcla de agua, espuma, arena blanca y neblina, con el aspecto de un acúmulo de cojines de algodón. La mañana es tan fría que ni siquiera la bruma se atreve a moverse, estacionada al borde del acantilado como un velo que funde el vacío con el cielo y la mar.

Ni siquiera me lanzo; sólo es necesario un paso para suspenderme en ese espacio brumoso e inerte, que falsifica la verdad. Un último viaje que me lleva hasta el fondo del abismo, que espero suave y acogedor, el descanso definitivo, recogido entre colchones de algodón.

Sólo apariencia; lo determinante es la realidad que, de una forma o de otra, marca nuestras vidas, por mucho que nos empeñemos en decorar nuestros refugios.

AUTORES - CURRICULA - REFERENCIAS

- **alfonso doncel** (Badajoz, 1963) se declara pintor, pero a lo largo de su trayectoria se ha asomado a la escultura, la fotografía, el diseño gráfico y la narrativa, así como a proyectos corales, incluida la actividad investigadora. De formación escultórica, este artista plástico ha desarrollado técnicas experimentales tan personales como inconfundibles, siempre utilizando el relieve sobre el plano, como el cosido de tela sobre tela o la aplicación de pigmentos sobre resina de poliéster, creando texturas asombrosas. Actualmente compatibiliza trabajos individuales con la elaboración de proyectos interdisciplinares, realizados a modo de *espacios de reflexión*.

Ha realizado numerosas exposiciones individuales y colectivas de pintura y escultura, tanto en España como en Portugal, entre las que destacan *RAS 3* (1994-95), *Hipótesis de veratis* (2001), *Indicios* (2004-2005), *Haiku de sueño* (2006), el libro objeto *La Raya, una invitación al pensamiento expansivo* (Lisboa, Madrid, Badajoz, 2005-2006) y *El anillo de Schödinger* (Évora, Cáceres, Badajoz, Don Benito, Talavera, 2007-2008).

- **pedro casero** (Tomelloso, Ciudad Real, 1955) es fotógrafo y reside en Badajoz desde 1984.

Se inicia en la fotografía en 1975 en la Universidad de Granada. Además de sus exposiciones individuales y colectivas ha impartido conferencias, ha dirigido cursos de fotografía, y ha participado en la organización del Otoño Fotográfico del Bajo Guadiana (2006). Sus fotografías científicas en blanco y negro y en color han sido publicadas en revistas de prestigio internacional. Su fotografía artística ha evolucionado claramente hacia una interpretación más personal y subjetiva de la realidad cotidiana como referencia necesaria.

Entre sus exposiciones individuales y colectivas caben citar *Paisajes-retratos-interiores* (1993-1994), *Agua y/o aire* (1996), *Entrelucidas* (1997-1999), *Artistas extremeños contra el racismo* (1997), *Fotografía extremeña contemporánea* (1999), *Arte urbano* (1999), *Sobre la ilusión* (2003), *La realidad imaginada* (2005-2006), *La raya, una invitación al pensamiento expansivo* (2005-06), *Ad hoc* (2006-2007), *Fotosur* (2007), *El anillo de Schödinger* (2007-2008), *Por Amor al Arte* (2007-2008), *X Certamen de artes plásticas Sala El Brocense* (2007-2008).

- **antonio sáez delgado** (Cáceres, 1970) es doctor en Filología Hispánica y profesor de Literatura española y de Literaturas Ibéricas en la Universidad de Évora.

Ha publicado libros de poesía (*Miradores*, 1997; *Ruinas*, 2001; *Días, fumo* (edición bilingüe), 2003), ensayos (*Órficos y ultraístas*, 2000; *Adriano del Valle y Fernando Pessoa (apuntes de una amistad)*, 2002; *Corredores de fondo. Literatura en la península ibérica a principios del siglo XX*, 2003), dietarios (*En otra patria*, 2005; *Vida errante*, 2005), y antologías (*Un minuto, un século*, 1998; *20 Poetas Espanhóis do Século XX*, 2003).

Ha traducido a español libros de escritores portugueses modernos y contemporáneos, como Fialho de Almeida, Teixeira de Pascoaes, Manuel António Pina, José Gil, José Luís Peixoto, Possidónio Cachapa, Ruy Ventura y otros.

Colabora asiduamente con sus críticas literarias en *Babelia*, suplemento literario del periódico *El País*. Actualmente es presidente de la Asociación de Escritores Extremeños.

REFUGIOS

Es un libro objeto. La tirada es de 65 ejemplares, 60 de ellos firmados y numerados correlativamente y 5 firmados y suscritos con las siglas *P.A.* (prueba de autor), tanto en el libreto como en la pieza cerámica. Además se han impreso 135 libretos no venales, numerados del 66 al 200, autografiados por el autor.

Cada libro objeto contiene un ejemplar del libreto (con textos del autor, prólogo de Antonio Sáez Delgado y fotografías e ilustraciones de Pedro Casero) y una pieza de cerámica mayólica elaborada una a una mediante moldeado e impresión sobre uno de los 5 negativos realizados en escayola de alta precisión, posteriormente cocida a 1.000 °C en los talleres de Ildfonso Muñoz, de *Cerámicas Barcarrota* (Badajoz). Cada pieza es única y diferente del resto.

La confección de los modelos originales ha sido realizada por Laura Morala en loneta e hilo de algodón; la preparación de los moldes ha sido supervisada por Millán Venero.

La impresión del libreto la ha realizado *Indugrafic, SL*, en Badajoz, y la encuadernación *CARPIDEA*, en Madrid.

Los textos, la elaboración de los moldes y de las piezas cerámicas, el ensamblaje y el acondicionamiento de la obra han sido realizados íntegramente en el estudio de Alfonso Doncel, en Badajoz, en el año 2008.

Cada libro objeto contiene un certificado de autenticidad.

AGRADECIMIENTOS

Conocer a **Ildfonso Muñoz**, creador de Cerámicas Barcarrota, es una experiencia recomendable. Su vitalidad me ha permitido afrontar *REFUGIOS* visitando el mundo de la cerámica sin más dificultad que dejar fluir el deseo de aprender y sobre todo, de disfrutar de una agradable experiencia de contacto y comunicación, hoy día reservada a los que aún creen en la calidad de *los hombres*.

Trabajar con **Pedro Casero** es tan sugerente que tan sólo su contacto y atención merece la pena. Si además se incorpora, como hace indefectiblemente conmigo, entonces la obra cobra nuevos valores.

Que prologue **Antonio Sáez** –a quien hay que saber arrancar palabras– es una excusa para exponerme, sin pudor, a la mirada de un gran literato y sin embargo amigo, que espero lo siga siendo después de esta tímida incursión.

Laura Morala me ha acompañado de principio a final de esta obra; es la responsable del mullido de los cojines y del resto de los espacios de reflexión que aborda *Refugios*.

Millán Venero ha facilitado el trabajo de investigación y desarrollo de los moldes, siempre generoso.

Pedro Almoril y **Pedro Felipe** me dijeron que sí, afortunadamente, una vez más.



Edita: alfonso doncel

Avda. de Málaga, 4 – 06006
Badajoz – España
alfonso@doncel.es

Impresión: Indugrafic, SL

© de la edición: alfonso doncel
© del prólogo: antonio sáez delgado
© de las fotos: pedro casero

ISBN 978-84-691-0334-0
Depósito Legal 69-2008

Queda prohibida, salvo excepción prevista por la ley, la reproducción (electrónica, química, mecánica, óptica, de grabación o de fotocopia) distribución, comunicación pública y transformación de cualquier parte de esta publicación, - incluido el diseño de la cubierta – sin la previa autorización escrita de los titulares de la propiedad intelectual y de la Editorial. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y sig. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (CEDRO) vela por el respeto de los citados derechos.



Este libreto,
que forma parte del libro objeto
REFUGIOS
se terminó de imprimir en los talleres
gráficos de Indugrafic S.L.
el día 15 de febrero de 2008,
festividad de Santa Jorgina

